

El día en que Edu se convirtió en cucaracha

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de **Señorita Bicho**

De cómo Eduardo despertó aquella mañana casi convertido en un bicho repugnante y asqueroso

Había pasado una noche muy mala.

Pudo ser el exceso de helado en la cena. Pudo ser el hecho de ver la televisión hasta tan tarde. Pudo ser cualquier cosa. Pero lo cierto es que la noche le pesaba todavía en el alma —y en la cabeza— cuando abrió los ojos.

Vagamente recordó algunas de las pesadillas.

Se arrastraba por un espacio angosto, en el que apenas si cabía, buscando la forma de salir a la superficie, y no poder ponerse en pie lo asustaba mucho, tanto o más que quedar atrapado en aquella terrible oquedad. Subía en un ascensor, pero el aparato no se detenía en el último piso, sino que atravesaba el techo y llegaba al cielo, donde iniciaba un viaje horizontal, como si se tratara de una montaña rusa, sin ninguna parada. Iba al fútbol y le tocaba una localidad desde la cual no veía nada, porque tenía una

pared delante. Quería correr y no podía, le pesaba mucho el cuerpo, así que debía hacerlo doblado sobre sí mismo y utilizar las manos para afianzarse en el suelo e impulsarse, como si fuera a cuatro patas.

¿Qué más?

¡Ah, sí! Había pasado horas intentando salir de un gran edificio sin lograrlo.

Pesadillas.

Ahora todo quedaba atrás. Las luces de la mañana se filtraban por las rendijas de la persiana. Era de día. Un día magnífico y luminoso de primavera. El verano quedaba tan cerca que hasta podía olerlo.

Eduardo se desperezó.

Mejor no volver a comer helado tan tarde y con gula. Mejor no volver a ver la televisión a unas horas en las que, desde luego, sólo daban tonterías, aunque luego sus compañeros de clase le dijeran que ellos sí habían visto esos programas y no pararan de hablar de ellos.

Contó hasta tres y saltó de la cama.

Hizo lo que hacía cada día, por hábito: ir a la ventana, abrirla y subir la persiana para ver el exterior, la calle, la animación de la mañana, las personas que iban al trabajo o ya trabajaban, a pie, en coche, en autobús, y las ventanas que, como la suya, se abrían a la

vida. Una vez comprobado que estaba en lo cierto, que lucía el sol y no llovía, se encaminó al cuarto de baño después de desactivar la alarma del despertador justo un minuto antes de que sonara. Sus padres ya se habían ido a trabajar. La única presencia en la casa era la de su hermana Lucía. Y a Lucía mejor no verla a primera hora. Solía estar de un humor de perros.

Cosas de la adolescencia.

Entró en el cuarto de baño y se sentó en el váter. Hizo pis y caca. Lo último bastante pastoso, todo hay que decirlo. Era la prueba de que la noche no había sido buena debido a sus excesos. Suspiró resignado y se miró los pies descalzos, los diez dedos, las uñas ya demasiado largas. Recordó una frase que le hizo gracia al comenzar el curso, la habían leído en clase de lengua. Decía: “Mis pies tienen diez dedos. Todos miran en la misma dirección”. La profesora se empeñó luego en que descifrarán lo que el autor quiso decir con eso.

Se ganó una buena nota al responder: “Quiere decir que en la vida sólo hay un camino, hacia delante”.

En fin, eso había sido al empezar el curso. Ahora las cosas no iban tan bien.

Acabó sus necesidades, se limpió, tiró de la cadena y se metió en la ducha. No utilizó jabón, sólo

agua. Dejó que le cayera por todo el cuerpo y le acabara de despejar. Permaneció así, con los ojos cerrados, bajo los finos chorritos que surgían de la ducha, hasta que decidió que ya estaba bien. Cortó el agua, salió de la bañera, se quedó mojado sobre la toalla y, arrastrándola con los pies, llegó hasta el lavabo para lavarse los dientes, secarse y peinarse.

Se miró en el espejo.

Y entonces...

Se vio.

Es decir... vio su imagen, la de siempre, pero con dos pequeñas salvedades.

Aquellas antenitas que le salían de ambos lados de la frente.

Y la configuración del rostro, parecido al de... una cucaracha.

Primero se quedó muy quieto. Obviamente, creía estar despierto, pero seguía dormido. La diferencia entre aquella pesadilla y las otras era que parecía mucho más real.

De hecho, esbozó una sonrisa socarrona.

Lo de los lugares angostos por los que se arrastraba o lo del ascensor sí eran pesadillas. Pero aquello... bueno, hasta tenía su gracia.

Antenas y cara de cucaracha.

—¡Uh! —le hizo un gesto a su otro yo reflejado en el espejo.

Desde luego, daba la impresión de estar plenamente despierto, con el agua de la ducha todavía cayéndole por encima, resbalando gota a gota por su piel, el frescor del baño...

Eduardo se pellizcó.

Una vez.

Dos.

Se hizo incluso daño.

No era un sueño. Estaba despierto.

Lo que mostraba el espejo era su rostro, con antenitas y forma de cucaracha.

—Esto no puede ser —se dijo en voz alta.

Tuvo un escalofrío y se acercó un poco más al espejo. Estudió sus facciones. El rostro se alargaba hacia abajo, a ambos lados de la boca tenía unas sospechosas protuberancias, los ojos daban la impresión de ser más pequeños y la piel le brillaba.

¿Qué demonios había cenado?

Se sacó la lengua a sí mismo y volvió a guardársela rápidamente en la boca.

No era una lengua, era... ¿Qué? ¿Un proyecto de agujón?

—Calma, no pasa nada —se dijo de nuevo en voz alta.

Bueno, pasar, sí pasaba. Pero en las películas el héroe siempre mostraba calma ante la adversidad. Si se trataba de algo que hubiera comido, se recuperaría en unas horas. Y si no...

¿Había oído hablar alguna vez de algo tan extraño?

¡Ah!, ¿por qué no ojeaba de tanto en tanto los periódicos o veía los informativos de la tele? A lo peor se trataba de una epidemia mundial y era uno de los primeros afectados.

Su suspiro no tuvo ningún efecto.

Se tocó una de las antenas con la mano.

Tuvo que retirarla de inmediato.

Aquella parte de su cuerpo parecía estar tan sensibilizada que nada más rozarla notó... como si sus cinco sentidos se agudizaran hasta extremos jamás imaginados. Fue capaz de oler un lejano desayuno cuyos efluvios flotaban en alguna parte, de escuchar los pasos de su hermana Lucía por la cocina, de ver con mayor detalle el aspecto de su nuevo rostro, de notar en su boca un sabor que le provocó un súbito apetito y, por último, de experimentar en dichas antenas una percepción táctil cargada de sensaciones mayor que la de sus propias manos.

O sea, igual que cualquier bicho de los que estudiaban en clase de Ciencias.

Eduardo no supo qué hacer.

¿Se quedaba encerrado en su cuarto?

¿Salía como si tal cosa y se comportaba con toda naturalidad y normalidad, esperando, por un lado, que los demás no le notaran nada extraño y, por el otro, que si lo notaban no dijeran ni una palabra hasta que se le pasasen los efectos?

Si se quedaba en casa y no iba al cole se la cargaría.

Y si llamaba al médico... ¿qué le decía?

“Mire, doctor, es que esta mañana me he despertado con cara de cucaracha y unas antenas en la frente”.

Se sobresaltó al oír la voz de Lucía al otro lado de la puerta.

—¡Vas a llegar tarde, pesado!

—¡Ya va! —gritó por si las moscas.

Tomó la toalla y se secó. Pasó de limpiarse los dientes, porque, de pronto, la pasta dentífrica le dio asco. En cambio se le hizo la boca agua al ver volar a una mosca que se daba golpes contra el cristal de la ventana del baño.

—Vale, veamos qué pasa —se dijo dispuesto a no rendirse.

Salió del baño, ya seco, se metió en su habitación y se vistió en un abrir y cerrar de ojos. Después, fue a la cocina para desayunar y enfrentarse a su hermana.

Su terrible hermana Lucía, feroz adolescente de quince años con la que siempre se las tenía por aquello de ser el pequeño.

De cómo Eduardo dio los primeros pasos por su nueva vida transformado en un proyecto de cucaracha

Su desayuno solía consistir en un tazón de cereales con leche y una buena tableta de chocolate para acompañarlo. Luego, en el colegio, a la hora del recreo, se tomaba un bollo que compraba en la cafetería del centro.

Entró en la cocina y vio a su hermana de espaldas. No le dijo nada. ¿Para qué? Cuando le deseaba buenos días ella le soltaba un: “¿Buenos días? ¿Estás bromeando o qué? ¿Qué tienen de buenos?”. Cuando hacía un simple comentario del tipo: “¿Qué tal?”, ella lo atravesaba con una de sus miradas venenosas —era experta en miradas venenosas—, y gruñía: “¿Y a ti qué te pasa?”. Dijera lo que dijera, Lucía se lo tomaba mal, creía que se burlaba de ella, sospechaba que le había roto algo, o... lo que fuera. Todo menos corresponderle con cariño, preguntarle cómo le iba o mostrarle un poco de afecto.

Y todos decían que cuando él tuviera quince años sería igual.

Menos mal que todavía faltaba mucho para eso.

Más de tres años.

Tomó un tazón de la alacena, lo colocó sobre la encimera de mármol de la cocina. Sacó el paquete de cereales, vertió su contenido en el bol y lo guardó de nuevo. Abrió la nevera y extrajo la leche y el chocolate. Bañó los cereales con leche y llenó el tazón hasta el borde antes de retornarla a su lugar. Con su desayuno, el chocolate y una cuchara del lavaplatos, se sentó en la mesa de la cocina y esperó.

La leche le supo amarga.

Y el chocolate...

¡Con lo que le gustaba el chocolate!

Su hermana, con un simple zumo de frutas en la mano, porque insistía en que estaba gordísima, se sentó frente a él.

Lo miró por primera vez.

Y se quedó congelada, como las imágenes del video o el DVD cuando se le da a la tecla de la pausa. Sus ojos grises se agrandaron un poquito. Fue la única emoción que demostró.

Decía que la mitad de las arrugas de la vida nacían de los excesos de la juventud: reírse por todo,

gesticular, hacer aspavientos... y cosas así. Por eso prefería permanecer impertérrita.

—Edu.

—¿Qué?

—Estás horrible —le dijo escuetamente.

—Vale.

—Más que horrible, asqueroso.

—Pues bueno.

Los ojos de Lucía eran inquisidores.

—¿Qué te has hecho?

—Nada.

—Ya, te has levantado así, con ese cacharro.

—Sí.

Puso cara de listilla sabihonda. Y además hizo una de sus muecas, a medias entre el asco y el desprecio, pero inmediatamente la borró de su rostro, no fuera a arrugársele la piel.

—Estás tonto —le espetó.

—Y tú como una cabra.

—Eres tú el que tiene cara de cucaracha.

—Yo no tengo cara de cucaracha —se defendió inútilmente.

—Carnaval en esta época del año... —Lucía soltó una risita sardónica—. Vaya por dónde.